

A veces no recuerdo

—¿Quién eres? No te conozco —le preguntó Olga— Ahora, ahora, si — continuó ella, sonriente—. Es usted mi padre. ¿Dónde está madre?

Adolfo callaba. El corazón le oprimía la garganta.

—Hoy viene mi novio a pedirme. Ya lo conoce. Por favor, padre, denos su bendición para que el señor cura anuncie las amonestaciones. Adolfo es un buen muchacho y trabajador como a usted le gusta. Quiero casarme con él y viviremos aquí. Será de gran ayuda para trabajar en el campo, para la trilla, para la siembra, para ir a por agua al Berrero con los cántaros en la Morena. Ay, mi burra Morena, ¡que viejecita está! Vamos a tener que buscar otro animal en la próxima feria. Adolfo le ayudará, padre. Pueden ir con el Islero tirando del carro. Lo heredó de su abuelo. Es un buen macho. Mi novio lo tiene acostumbrado a trotar por los caminos atajando para llegar antes a la tierra del Yesero.

—Olga, soy yo —se atrevió a decir Adolfo—. Tu padre ya murió. Estamos solos en nuestra casa. Los chicos, ya sabes, cada uno en la suya pero, en cuanto pase la siembra, vendrán a vernos. Hoy me he encontrado con el Tomás en la Fuente de la Bola y me ha dicho que nuestro Ciriaco ha tenido otro chiquillo y que ya nos lo enseñarán cuando pueda acercarse la Sara en el coche de línea.

Olga sonreía para disimular. La realidad en su mente se fugaba a ratos. ¿Quién sería ese Tomás y el Ciriaco y la Sara?, le preguntaba, entonces, a su entendimiento roto. Su padre estaba perdiendo la chaveta, pensaba. Si es que ya está muy viejo.

—Padre, voy a echar de comer a los pavos que ya les estoy oyendo en el corral. Usted espéreme aquí al lado de la lumbre, no se me vaya a resfriar.

Se levantó Olga, miró a su alrededor y volvió a sentarse.

—Anda, vamos a dar un paseo —le pidió Adolfo—. Hay que estirar las piernas, mujer.

Salieron a la calle cuando el rocío ya había empapado el huerto. Respiraba el campo. Olía a fresco, a flores silvestres. La sonrisa se dibujó en los ojos de Olga.

No es que le pesaran los años. Eran solo setenta. Pero la enfermedad avanzaba a una velocidad endiablada y ella lo sabía. Por eso intentaba disimular con la fuerza que aún resistía en su mente. A ratos, se colaba su alma en el abismo y desconectaba del mundo. Entraba en un letargo frío y triste que enturbiaba su mirada. El lustre de antaño en sus mejillas se tornaba,

ahora, mortecino. Se teñía su alma entera de melancolía. Se iban perfilando en su rostro trazos fúnebres que anunciaban su última cita con la vida.

Adolfo lo intentaba todo para retener un poco más de tiempo al amor de su vida. Era un combate sin esperanza. Lo sabía. Pero, ¡qué importa eso! Ella seguía respondiendo a las caricias.

Si pudiera renacer, pensaba él, la buscaría y no me guardaría esos *tequieros* que nunca dije. Los gastaría todos para Olga.

De repente, a veces, la realidad despertaba en ella. Entonces, Adolfo creía en los milagros. Intentaba sujetar esos momentos para que fueran eternos. Sonreía. La abrazaba. Hablaba sin parar de planes de futuro juntos. Y Olga era feliz unos instantes. Hasta que volvían las tinieblas.

—¿Quién eres?

—Adolfo, soy Adolfo, tu marido.

—Ay, ay, ay, ¿me estás pidiendo matrimonio?

—Claro, Olga. Te quiero tanto que ya creía que estaba casado contigo.

—No, no, no, ni un beso. En cuanto pasemos por el altar, lo que quieras.

Se durmió acunada por el abrazo de su marido y así dejó que la muerte la arropase con ternura mientras su cara se teñía de rojo por los besos de Adolfo.

El polideportivo, la biblioteca y la residencia hogar para que los más viejos esperasen con serenidad su último sueño eran los bienes que más le agradecían sus vecinos. Adolfo, el alcalde más querido de la Dehesa de arriba fue ingresado en el Centro para mayores de la villa que él había gobernado durante veinte años. Sólo habían pasado siete días desde el entierro de Olga.

—Buenos días, abuelo —le dijo la cuidadora— ¿Qué tal nos encontramos hoy?

—Olga murió ayer ¿O no? Ahora no estoy seguro. A veces no recuerdo.

Isabel Cobo